

HISTORIA DE LA PRIMERA CATEDRA DE CLINICA MEDICA (30 años: 1954-1985)

HISTORY OF THE FIRST CHAIR DEPARTMENT OF INTERNAL MEDICINE (30 years: 1954-1985)

Prof. Dr. Carlos Ramírez Boettner()*

Se me ha pedido que escribiera la historia de la primera Cátedra de Clínica Médica, y satisfaciendo esa necesidad, me propongo hacerlo. Trataré de volcar en estas líneas la experiencia vivida en el Paraguay en relación con la Medicina y en especial con la Cátedra de Clínica Médica. Seremos en todo momento veraces, y hasta donde uno puede, despojarse de las emociones y sentimientos, también ecuánimes.

Es necesario que se conozca la historia de los diferentes aspectos sociales de un país, para que las nuevas generaciones busquen la forma de superar situaciones que no han favorecido un desarrollo más lógico y eficiente. La esperanza del mañana radica en la juventud. Esta tiene que estar bien informada y buscar sus propios caminos, por la senda del bien, del trabajo honesto y puesta las miras en el bien de la Patria.

Iniciamos nuestros estudios médicos en Chile en 1934. Los tuvimos que interrumpir para venir a servir al país en la guerra del Chaco, a raíz de haber cumplido la edad militar. La experiencia médica adquirida durante nuestra permanencia en el Chaco, hasta la terminación de la contienda en julio de 1935, fue muy interesante. Ya me dio una pauta del nivel y de la calidad de nuestra medicina. No nos extenderemos en el tema, que podría ser motivo de otro trabajo.

La Facultad de Ciencias Médicas había suspendido sus actividades a raíz de la Guerra. Terminada ésta, los estudiantes ansiosos de proseguir

(*) Profesor Emérito de Clínica Médica. F.C.M.

sus estudios, consiguieron que se organizara un curso de post-guerra, que se inició hacia octubre de 1935 y debía terminar en marzo de 1936, para posteriormente regularizarse el calendario académico. Creemos que con razón, todos estábamos sumamente interesados en no perder un año más y así fue cómo nos integramos a la Facultad de Ciencias Médicas de Asunción.

Las deficiencias de nuestra Facultad en esa época, eran enormes. Comenzando porque no contaba con un local propio, sino con una casa alquilada, donde las clases se daban en aulas totalmente improvisadas. El anfiteatro, donde se estudiaba anatomía, no tenía ni agua corriente. Frecuentemente se carecía de formol para preservar los cadáveres y desde luego no había ninguna clase de heladeras. Cuando actualmente pensamos el real peligro que corrían los estudiantes, al trabajar con cadáveres que muchas veces estaban putrefactos y sin posibilidades ni de lavarse adecuadamente las manos después de las disecciones, debemos reconocer que nuestro entusiasmo era muy grande y la irresponsabilidad de las autoridades para que eso ocurriera era también enorme.

El Laboratorio de Anatomía Patológica, cuyo edificio es el mismo hasta ahora, más de cincuenta años después, era relativamente bueno. El curso de histología permitía ver numerosas láminas y el Profesor joven Dr. Dionisio González Torres era muy eficiente comparado con el resto. Tenemos entendido que el Profesor Dr. Juan Boggino, a cargo de la Cátedra de Anatomía Patológica, también era muy bueno. Ese curso no lo hicimos ya en Asunción. El Profesor Schenoni, de Anatomía Normal (1º y 2º cursos), no nos dio ni una clase. Sencillamente no concurría al anfiteatro. A pesar de ello, por los buenos instructores que teníamos y la voluntad de los estudiantes en disecar los cadáveres y leer los libros, aprendimos bien Anatomía. El Dr. Roberto Olmedo era uno de esos eficientes instructores. El Dr. Mario Luis de Finis era el joven Profesor de Fisiología. Concurría regularmente a sus clases. Eran excelentes, pero todas teóricas. No se hizo más que un solo trabajo práctico, consistente en demostrar la acción de la ptialina, al masticar un poco de pan y ver que la reacción del almidón con el Ioduro de Potasio ya había desaparecido. Podríamos contar numerosas anécdotas sobre los ensayos que por nuestra cuenta, con algunos compañeros como el Dr. Andrés Rivarola Queirolo o el Dr. Pacian Andrada intentábamos con perros y sapos, por nuestra iniciativa y después de haber leído algunos libros tratábamos de ver el trabajo del corazón, de la médula espinal, etc. Parasitología estaba a cargo del Dr. Víctor Boettner y Bacteriología a cargo del Dr. Raúl Peña. Ambos daban buenas clases teóricas y concurrían regularmente. La

parte práctica sin embargo era mala, debíamos hacerla en el Laboratorio del Hospital Militar Central, donde un técnico, Sr. Fanego, por buena voluntad nos mostraba algunas cosas. También solíamos ir a Tacumbú, donde funcionaba el Instituto de Higiene, veíamos algunas láminas de bacterias y algunos cultivos. Todo desde lejos y sin hacer nada personalmente. Todos los estudiantes, lo que más deseaban era tener contacto con los pacientes, sobre todo quirúrgicos y poder operar, aun cuando los conocimientos básicos eran muy deficientes.

Una anécdota que realmente merece ser referida, es el hecho de que el curso se reúne y delibera sobre la necesidad de suprimir del examen de Anatomía todo el Sistema Nervioso Central por complicado. Fuimos muy pocos los que nos opusimos, pero en la votación se perdió y una comisión fue a verlo al Dr. Schenone para obtener con toda facilidad el tremendo cercenamiento. Posteriormente se obtuvo del Dr. De Finis, lo mismo en base a que ya no se había dado el tema en Anatomía. Los Dres. Boettner y Peña también consintieron que se sacara del programa a los ectoparásitos y a los hongos. Con el Dr. Rivarola Queirolo, nos dedicamos a estudiar por nuestra cuenta la anatomía del cerebro, médula, bulbo, cerebelo, etc. Para lo cual, comprábamos a los peones del anfiteatro los cerebros formolizados y los llevábamos al Parque Caballero, para poder cortarlos y estudiarlos; en nuestras casas no nos querían admitir con esos restos humanos.

Teniendo posibilidades de estudiar en el exterior, y viendo lo que acabamos de describir, como evidencia clara de una tremenda deficiencia en nuestra Educación Médica, decidimos ir a Buenos Aires a continuar nuestros estudios de medicina. También allí tuvimos algunas desilusiones pero al menos el curso de Fisiología, a cargo del Profesor Bernardo Houssay, fue excelente. El curriculum en Buenos Aires era de 7 años, lo que postergó en un año nuestra graduación.

En vacaciones vinimos al Paraguay varias veces y los compañeros comentaban las operaciones de apéndice que ya efectuaban desde el cuarto año. Me ofrecieron y acepté poder operar a algunos soldaditos en el Hospital Militar, que aparentemente necesitaban de la intervención. Había muy poco control de parte de los jefes, sobre lo que ocurría en sus servicios, a pesar de que al estilo francés, eran los PATRONES, siguiendo la designación que recibían en Francia.

Recién volvimos definitivamente al país en 1944, después de graduado en Buenos Aires en 1941, y de dos años de especialización en los Estados Unidos. Nuestro deseo era hacer Clínica Médica y el único servicio

universitario donde se podía trabajar estaba dirigido por el Dr. Carlos Gatti. Este señor tenía fama de muy estricto y trabajador. Después de una negativa de mi tío el Dr. Juan Max Boettner para que me introdujera, decidí presentarme solo. Una mañana fui a su servicio y conseguí hablar con él. Le dije quién era y que deseaba trabajar en el servicio de Clínica Médica. Su respuesta fue la siguiente que aún resuena en mis oídos: "¿usted no sabe que yo no quiero a gente perezosa en mi servicio?" Quedé perplejo, pero reaccioné contestándole que yo no me consideraba tal y que insistía en mi pedido. Entonces me dijo que me hiciera cargo del grupo de enfermos que esperaban en el patio, bajo los mangos, una cama para poder internarse. Con mucho gusto, le contesté, y enseguida levanté historias clínicas de esos enfermos, que eran más de una docena. Al cabo de pocos días, le solicité, que como profesor hiciera una recorrida con los pacientes del patio, que yo deseaba presentarle. Su contestación fue una gran risa. Nunca fue a verlos.

El Profesor Gatti era realmente trabajador y leía mucha medicina. Pero ejercía una verdadera tiranía en su servicio. Los médicos y alumnos le tenían un gran respeto y temor. Era muy hiriente en sus comentarios con los alumnos y los médicos jóvenes. Yo, tímidamente concurría a sus recorridas. Un día vio un enfermo joven como de unos 18 años. Era un recluta de la policía, estaba obnubilado, con temblores fibrilares en los músculos. Lo mira y luego me busca en el grupo de los acompañantes y me dice: Dr. Ramírez, ¿qué diagnóstico hace usted en este enfermo? Le contesto que no puedo hacer ninguno, sin tener sus antecedentes y examinarlo. Me contesta que hasta un estudiante de medicina, hace el diagnóstico de Corea Fibrilar de Morvan, en estos casos en Paraguay. ¿Conoce usted esta enfermedad? Con mucha vergüenza, le contesto que la desconozco. Por supuesto, en cuanto terminó la recorrida, fui a buscar en los libros de qué se trataba la famosa Corea Fibrilar de Morvan. Era una forma de Encefalitis arrastrada descrita por el autor, a mediados del siglo pasado. También nos pusimos a estudiar al enfermo y comprobamos con los análisis y posteriormente con la autopsia, que se trataba de un urémico, por una nefritis esclerosa terminal. Con la misma malicia que recibí del Profesor, le informé en el medio de una recorrida, de la evolución y de los resultados de los análisis y de la necropsia del caso. No contestó ni una palabra, pero se puso rojo como un tomate. Desde ese día su trato fue respetuoso conmigo.

Francia ayudó a nuestra incipiente Facultad de Ciencias Médicas desde 1900. Conviene consultar el interesante trabajo publicado por el Dr. Mauricio T. Osuna, en Anales de la Facultad de Medicina de Asunción.

pág. 285, del año 1982. Allí se menciona que el Dr. Charles André, tercer francés en venir al Paraguay con fines docentes, llegó en 1923, para dictar cursos de Clínica Médica. Permaneció en nuestro país durante tres años, hasta 1926, habiendo sido muy satisfactoria su actuación. Tuvo el reconocimiento de muchos médicos y estudiantes.

Dos años más tarde, una importante misión de tres médicos franceses fue contratada por el Gobierno para venir a enseñar en la Facultad de Asunción. Se trataba del Profesor Louis Gery, de Anatomía Patológica, del Profesor Gabriel Delamare, de Clínica Médica y Charles Py, de Cirugía. El Profesor Delamare permaneció en el Paraguay durante cinco años consecutivos, organizando la Cátedra de Clínica Médica (1927-1932). Sus alumnos más cercanos fueron los Profs. Carlos Gatti y Ramón Giménez Gaona. Indudablemente la influencia que ejerció la medicina francesa en toda la Facultad fue muy importante a través de esta misión de tres eminentes médicos. En Clínica Médica se vio prolongada con la Jefatura del Profesor Carlos Gatti, hasta su alejamiento en 1947. Consecuentemente con el esquema francés de esa época, el Prof. Jefe de Cátedra era el patrón (textual designación francesa). Ejercía una autoridad absoluta y no discutible. Cuando el Maestro era bueno, la disciplina que impartía era beneficiosa. Pero frecuentemente limitaba mucho la adquisición de nuevos conceptos y nuevos valores. La influencia de la medicina de los Estados Unidos, donde un equipo docente era el responsable de la dirección de las Cátedras, se hizo sentir poderosamente en nuestra Facultad a raíz de la cantidad de médicos paraguayos que fuimos becados a los Estados Unidos desde 1942. El mismo Profesor Gatti, vino muy cambiado después de un viaje de sólo 4 meses a los Estados Unidos en 1945.

Es justo reconocer que el Prof. Carlos Gatti, fue en su época un gran Maestro e impulsó la Clínica Médica por derroteros adecuados. Consiguió con el Gobierno Liberal de la época la construcción del edificio de tres plantas, que alberga hasta ahora a las dos Cátedras de Clínica Médica. Para el efecto hubo de afiliarse al Partido Liberal y llegar al Congreso como Senador. La docencia la ejercía con el esquema siguiente: tres clases semanales de dos horas de duración, donde se presentaban y discutían uno o más enfermos, bien estudiados, con las llamadas Historias Mayores, ejecutadas como trabajos prácticos, por los estudiantes de medicina. Los otros días hacía recorridas de sala, y veía a casi todos los enfermos con las llamadas Historias Menores, consistentes en sólo una hoja térmica, con algunas anotaciones en las márgenes. Muy insuficientes por cierto. En esas recorridas le acompañaban todos los estudiantes y

Jefes de Clínica. Eran pocos los estudiantes y se juntaban unas 25 a 30 personas, que seguían esas recorridas.

El Prof. Dr. Ramón Giménez Gaona, que tenía una numerosa clientela particular, tenía un carácter sumamente afable con todo el mundo. Era abierto a las sugerencias nuevas. En ocasión del viaje del Prof. Gatti a los Estados Unidos, quedó a cargo de la Cátedra y Servicios de Clínica Médica. Rápidamente facilitó mi labor autorizando la organización, en una salita de cuatro camas, de un servicio de Enfermedades Infecciosas. Me permitió dar algunas clases, sobre Enfermedades Eruptivas y otros cuadros infecciosos. He quedado siempre muy agradecido de su valiosa colaboración. Era también muy estudioso y sus clases eran tan buenas como las del Profesor Gatti.

La Historia de la Primera Cátedra de Clínica Médica comienza realmente con la organización del Pabellón de Enfermedades Infecciosas en julio de 1945, pomposamente recibió el nombre de Hospital de Enfermedades Infecciosas y Tropicales. Se le puso ese nombre, pues se pensaba que ese Pabellón sería el inicio de una construcción mucho más amplia, que debía constituir la Institución. Conviene consultar el trabajo que publicamos en Anales de la Facultad del año 1982, pág. 265, para evitar engorrosas repeticiones.

Tuvimos la satisfacción de recibir una mañana de 1946 la visita del Prof. Carlos Gatti, en la novel Institución, «vengo a ver qué es esto», me dijo. Con gusto lo atendí amablemente y le expliqué el objetivo de hacer una medicina moderna, aplicando los conocimientos que habíamos adquirido en los Estados Unidos. Se interesó por todo. Las historias clínicas, la forma de archivarlas, etc. Lo felicito me dijo, pero creo que esto no va a durar mucho. «Le doy unos dos o tres años de vida». Estuvimos en esa Dirección 37 años. La Institución, bajo otro nombre, sigue prestando gran servicio a la comunidad en un amplio y bien dotado edificio, donado por el Gobierno del Japón. Buena parte de los médicos que allí trabajan, son mis ex-alumnos y colaboradores.

Mi concurrencia a la Cátedra de Clínica Médica había disminuido mucho desde la inauguración del Pabellón de Infecciosos. El Prof. Gatti me invitó amablemente a que volviera a la Cátedra. Tenía la designación de Médico Agregado (ad-Honorem). Fue entonces que le planteé mi deseo de llegar a ser Profesor Suplente, ya que había tres cargos vacantes. Por la Ley 1048, cada Cátedra podía tener un Titular y dos Suplentes. La Cátedra de Clínica Médica era considerada como dos Cátedras pues se enseñaba al 5º y 6º cursos. Por ese motivo se disponía de cuatro Suplencias.

Una sola estaba ocupada por el Prof. Giménez Gaona. Había tres libres. El Prof. Gatti era Prof. Interino (Jefe de Cátedra). Este término se mantenía mientras el interesado no publicara un libro de la especialidad. El Primer Titular, fue el Dr. Juan M. Boettner en la Cátedra de Tisiología. Le siguieron el Prof. Manuel Riveros y luego el Prof. Julio M. Morales. Había pocos Titulares, pues eran muy pocos los profesores que habían publicado un libro de texto sobre la asignatura. Este esquema fue totalmente modificado en la Ley 356, que actualmente rige la vida universitaria. Siempre hay un solo Titular, pero hay Profesores Adjuntos y Asistentes, sin limitación. Gatti me contestó que era imposible que llegara a Profesor Suplente de Clínica Médica, pues él tenía reservados esos cargos para tres colaboradores que lo habían acompañado desde hacía años y que aún no habían presentado sus tesis. Pero yo tengo mi tesis presentada en la Universidad de Buenos Aires y oficialmente reconocida por nuestra Facultad, le contesté. No importa, usted no puede ser, fue su respuesta. Como era miembro del Consejo Directivo, sabía bien que una presentación mía no tendría curso. Yo ya ostentaba el título de Profesor Suplente de Higiene y Epidemiología, por donde entré a la docencia en nuestra casa de estudios. El titular era el Dr. José Insfrán y el otro Suplente del Dr. Carlos Ros. Había ingresado por esa vía a la docencia, pues era la única disponible. Me sirvió sin embargo de gran experiencia, pues el curso completo de 1946 lo dicté con gran entusiasmo.

Formamos parte de la mesa examinadora de higiene y epidemiología de 1945. Nos llamó la atención que el Dr. Insfrán, con la anuencia del Dr. Ros, preguntaba directamente al alumno un tema, sin sacar bolillas. Los alumnos contestaban siempre muy bien y obtenían la nota 5. En un momento dado, les dije por qué no me dejan hacer algunas preguntas. No tuvieron más remedio que aceptar y al sacar al alumno del tema, no podía responder a ninguna pregunta. Evidentemente había una combinación previa, entre los alumnos y los profesores, para la distribución de los temas. Posteriormente me enteré que eso mismo ocurría en varias otras especialidades. Consideré y sigo pensando igual, que es un acto de suma inmoralidad por ambas partes. Más disculpable entre los alumnos, jóvenes que no miden muchas veces las consecuencias de actos de esta naturaleza.

En vista que no tenía mayor cabida en la Cátedra, seguimos concurrendo solamente en nuestros momentos libres, sin mucha regularidad.

Con motivo del viaje del Dr. Sinesio Ortiz a la Argentina, para establecerse en Mendoza definitivamente, una Suplencia de la Cátedra de Patología Médica del 4º Curso, quedó vacante. El Interino era el Dr.

Quirino Codas Thompson y el otro suplente el Dr. Alejandro Chirife. Me presenté a ese concurso en oposición al Dr. Francisco Montalto y me otorgaron el cargo. Era el año 1946. Ese año formamos parte de la mesa examinadora. Ese examen era realmente exigente y muchos alumnos eran reprobados cuando no conocían el tema que por sorteo les había tocado. Los Dres. Codas y Chirife no se hubiesen prestado a combinaciones como la referida anteriormente.

La Guerra Civil de 1947, que estalló el 7 de marzo de ese año y que se prolongó hasta mediados de agosto, convulsionó al país, en todos sus aspectos, incluyendo, por supuesto, a la Facultad de Ciencias Médicas. Episodio muy lamentable y turbio de nuestra vida paraguaya.

El Prof. Gatti tuvo que abandonar el país al tener conocimiento de que sería apresado. Se radicó en Formosa, donde ejerció exitosamente su profesión médica. Poco tiempo después de volver al país en 1955, falleció del corazón.

Terminada la guerra civil de 1947, el Gobierno decretó la intervención de la Universidad de Asunción. El Dr. Felipe Molas López, fue el primer Interventor. En ausencia del Profesor Gatti designó al Dr. Miguel Angel Ginez, como Interino de las Cátedras de Clínica Médica. La Ley 1048 especifica que en ausencia del Titular o Interino puede reemplazarlo uno de los Suplentes de la Cátedra o el Interino de una Cátedra a fin. El Dr. Ginez era interino de Patología Médica del 3er. curso (Cátedra afín). La designación era legal, pero a todas luces impropia, pues el Dr. Ginez no tenía entrenamiento clínico. Creemos que el Interventor habría hecho esto justamente para provocar la ruptura del esquema cerrado que existía en la Clínica Médica. Pero el resultado fue un retiro institucional muy grande. El Prof. Giménez Gaona hubiese sido el reemplazante lógico del Prof. Gatti.

Mucho nos invitó Ginez a concurrir a la Cátedra, pero no quisimos hacerlo, porque no lo considerábamos apto para el cargo. Sin embargo solicitamos y obtuvimos la apertura del concurso del Profesor Suplente de Clínica Médica en 1948. La Cátedra de Patología Médica del 4º curso, estuvo a mi cargo los años 1948, 49, 50, 51, 52 (este año hasta agosto en que viajé a los Estados Unidos para una pasantía como Profesor Visitante de dos años). La experiencia adquirida en la Cátedra de Patología fue muy importante. Dábamos más de 80 clases al año, enseñando Sistema Nervioso Central, desde la Anatomía hasta la Patología, pasando por la Fisiología y la Semiología.

El fracaso de Ginez en la Cátedra fue rápidamente evidente. En 1951 el

curso fue dictado por un profesor español contratado especialmente por el Gobierno. El Dr. Arsacio Peña Yáñez, excelente médico y persona, daba muy buenas clases. El esquema era el mismo de la época del Dr. Delamare y Gatti. Nos hicimos amigo del Dr. Peña Yáñez, quien se preocupó de las clases, pero no de los enfermos ni de la organización del Servicio. Las historias seguían igual. Los enfermos que no se presentaban en clase, estaban mal estudiados y atendidos. Se le pagaba sólo U\$S 500 mensuales al Dr. Peña. Vivía alejado de su familia que quedó en España, en una modesta pensión. Al finalizar el año no quiso quedarse más, a pesar de que se le ofreció mejor situación y de la perentoria necesidad que había en la jefatura de la Cátedra. Durante su permanencia concurrimos asiduamente como Jefe de la Sala A Pudimos dar también algunas clases.

En 1952 fue repuesto Ginez. Su desempeño fue siempre muy malo. No pudo o no quiso superarse. Los alumnos no atendían ni lo que decía en clase. Todos aprobaban con notas altas. Así las cosas, hacia fines de 1952, un grupo de estudiantes se niega a seguir asistiendo a las clases de Clínica Médica. El Interventor de esa época, el Dr. Ezequiel González Alsina, decide dividir la Cátedra en dos. La Primera y la Segunda Cátedra. Ginez se enoja, pide permiso y se va a Montevideo donde permaneció hasta su muerte.

El Dr. Ginez era un hombre inquieto, emprendedor, pero más interesado en Salud Pública y sobre todo en la Epidemiología de la Tuberculosis. Sus inquietudes sociales, parece lo conectaron con el Partido Comunista, donde actuó en sus últimos años. un hijo suyo, médico recibido en el Uruguay, fue a estudiar a Moscú.

El Dr. Luis Carlos Maas fue designado Profesor de la Segunda Cátedra de Clínica Médica y el que escribe esta nota, en la Primera. Ambos éramos Profesores Suplentes de la asignatura. Yo había viajado a los Estados Unidos a fines de agosto de 1952. El conflicto y la separación de las Cátedras se produjo a fines de ese año en mi ausencia y desconocimiento del hecho. Recibí un telegrama en New York a comienzos de 1953, indicándome que volviera cuanto antes para hacerme cargo de la Primera Cátedra. Estaba firmado por el Dr. Ezequiel González Alsina, Interventor de la Universidad. Le contesté que primero cumpliría con el compromiso que había adquirido con la Fundación Kellogg y el American College of Physicians, para mi pasantía en los Estados Unidos de América. Así fue como en 1953 el Dr. Maas se hizo cargo de las dos Cátedras de Clínica Médica. En realidad no se había producido aún ningún cambio. Era el jefe de dos Cátedras, que existían sólo en el papel. El Dr.

Maas es un hombre muy trabajador, inteligente, antiguo Profesor de la Facultad, que se había formado con el Profesor Boggino en Anatomía Patológica. Era interino de Histología, Suplente de Anatomía Patológica y Clínica Médica. No tenía mayor entrenamiento clínico, pero supo superarse con dedicación y lectura. Cuando llegamos al país en noviembre de 1953 formamos parte de la mesa examinadora de Clínica y nos dimos cuenta que los estudiantes estaban bastante bien preparados.

El Decano de la Facultad era el Profesor Dr. Juan Boggino, uno de los hombres más inteligentes del profesorado de medicina. Conversamos con él y le preguntamos si qué le parecía el desdoblamiento de la Clínica en dos cátedras separadas, sin que aumentaran en nada las facilidades edilicias o instrumentales con que se contaba. No le parecía muy bien, pero es un hecho consumado que no cabe más que aceptar, me dijo: usted tiene que aprovechar el momento y tomar lo que le den. Allí demostrará su capacidad y su interés por hacer algo útil para nuestra Facultad. Así las cosas, acepté la situación. Me parecía, sin embargo que era una solución apresurada, no meditada que había surgido como paliativo a un conflicto entre los estudiantes y un profesor que aparentemente no se desempeñaba bien. Al día siguiente nos citó el Decano, al Dr. Maas y a mí, para hacer la distribución del espacio y de las pocas pertenencias de la Cátedra. El Dr. Maas ya tenía pensado cómo se dividiría el edificio y yo no puse ninguna objeción. Una vez decidido a trabajar en esa Cátedra, no veía la hora de comenzar la labor. Las Salas A y B quedaron a cargo de la Primera Cátedra. Las Salas C y D del primer piso y todo el segundo piso quedó a cargo de la Segunda Cátedra. El aula, el laboratorio grande y la pieza de Rayos quedaron a cargo de la Segunda Cátedra. Como aula yo tenía que adaptar el comedor de los enfermos. Estos comerían en sus camas.

El Profesor Boggino, amante del trabajo del orden pero también de la democracia y de la libertad, había sido Rector de la Universidad de Asunción y primer firmante de una nota de los universitarios que solicitamos (yo también firmé la nota) al Presidente Morínigo, que llamara a una Convención Nacional Constituyente para modificar la Constitución de 1940 que nos regía y que a todas luces era totalitaria, por la forma como fue redactada, promulgada y por el texto. Por supuesto, esta nota no tuvo eco y sí produjo una serie de persecuciones. fue presentada en 1946. Ya desde entonces admirábamos al Profesor Boggino y cultivamos su amistad.

El Profesor Boggino, Decano de la Facultad, ayudó mucho en las gestiones para conseguir equipar el aula de la Primera Cátedra, así como

para conseguir un Fluoroscopio y un equipo electrocardiográfico. La Fundación Kellogg que nos había becado a los Estados Unidos, después de numerosas gestiones, hizo una importante donación a la Primera Cátedra de Clínica Médica consistente en oftalmoscopios, microscopios y otros diversos elementos de laboratorio, como para que se equiparan facilidades en cada sala, donde residentes y alumnos pudieran practicar personalmente el estudio laboratorial de los enfermos. Parte de estos equipos fueron cedidos al Dr. Maas para que no hubiese diferencias.

Había en un grupo de jóvenes médicos mucho entusiasmo y expectativa, por la organización de la Primera Cátedra de Clínica Médica. Con gran sorpresa y agrado ví, en el aeropuerto para recibirme, a numerosos colaboradores del Hospital de Infecciosos que estaban ansiosos por comenzar el trabajo conmigo. El Dr. Raúl Bustamante, los Dres. Luis A. Reyes y José Lacarrubba fueron los colaboradores iniciales más entusiastas y dedicados.

El Dr. Adolfo Cattoni, que también tuvo inconvenientes para integrarse en el Servicio de Clínica Médica en épocas anteriores, me vino a ver con el fin de conversar sobre el futuro de la Cátedra. Le expliqué detalladamente mis planes y le parecieron muy bien. Fue así como se lo contó entre los primeros colaboradores. Reglamentariamente presentó su tesis antes que los otros y obtuvo el carácter de Profesor Suplente de Clínica Médica por las vías legales correspondientes.

Le explicamos a todos los colaboradores iniciales que la Cátedra sería abierta a todos los que quisieran trabajar honestamente. Que ya no habría más un PATRON, sino un grupo de profesores que en reuniones periódicas decidirían sobre la marcha de la Cátedra y todos sus programas, incluyendo la selección del personal (Internos, Residentes, Instructores, etc.).

El esquema inicial consistió en tener una actividad docente de una hora de duración todos los días de la semana. Los lunes, miércoles y viernes eran clases de Clínica Médica, destinadas fundamentalmente a los alumnos. Los martes se trataba de Conferencias Clínicas, donde se presentarían dos enfermos con problemas diagnósticos o terapéuticos. Estaban destinadas estas conferencias, sobre todo a los médicos del servicio y a los que quisieran concurrir de afuera. Los días jueves se harían Conferencias Clínico-Patológicas. Se obtuvo un alto porcentaje de autopsias, y éstas se desarrollaron muy regularmente. Los días sábados había Revista de Revistas. En esta reunión, cada médico resumía los artículos más importantes de la revista que se le había asignado, para lo cual se tuvo que organizar una Biblioteca en la Cátedra.

El Servicio de la Primera Cátedra de Clínica Médica, se constituyó de cuatro secciones. La Sala A y B, una de mujeres y otra de varones. El Pabellón de Infecciosos y los Consultorios Externos. Como Jefe de Servicio, hacía recorrida diariamente, dos veces por semana en cada una de las tres salas de enfermos. Estas eran de 9.30 a 11 horas. Asistían los alumnos asignados a cada Sala y los médicos de la misma. Antes de las recorridas, nos ocupábamos de la parte administrativa, para lo cual estábamos en el servicio desde las 8 de la mañana. Por ningún enfermo particular, por más importante que fuese, dejábamos de cumplir con estas obligaciones. Para el efecto destinábamos solamente la tarde.

Los alumnos fueron distribuidos en cuatro grupos, que rotaban mensualmente entre las cuatro secciones mencionadas. Se consiguieron Instructores que se hacían cargo de cada grupo. Los Dres. Reyes, Grassi y Laccarrubba fueron de los primeros. También se consiguió la designación, con el rubro correspondiente, de 8 Residentes que fueron divididos en cuatro parejas destinadas uno a cada Sección. También con rotaciones periódicas. Todo fue estudiado y considerado por el grupo de colegas que hemos mencionado.

La Residencia fue una real adquisición de la Facultad de Ciencias Médicas. Se escribió el reglamento de la misma. Uno de los puntos fundamentales era que el colega que optara a este cargo no podía tener ninguna otra ocupación. Su dedicación debería ser integral (mañana y tarde), con guardias nocturnas periódicas). La designación duraba un año y tenía fines fundamentalmente docentes. Posteriormente se fueron consiguiendo Residentes de 2º y 3er. años.

Como es lógico, rápidamente los otros servicios del Hospital pidieron y se les otorgó cargos de Residentes. Pero desgraciadamente, con la misma asignación no se les obligaba a cumplir con el mismo horario de trabajo y esta influencia de los otros Servicios tuvo efectos negativos sobre los médicos de la Primera Cátedra. Entre los compañeros, se los tildaba de «esclavos» a los que trabajaban en la Primera Cátedra.

No se pudo obtener Internos. Estos cargos se obtuvieron mucho después, como resultado de un programa general de la Facultad, surgido y facilitado por la misión de la Universidad de Buffalo. La Residencia se organizó en el Paraguay antes que en la Argentina y los colegas amigos argentinos se sorprendían cuando conocían de nuestra organización. Así se expresó, por ejemplo, el gran neurocirujano Dr. Dickman cuando nos visitó en la Primera Cátedra.

Las Historias Clínicas fueron unificadas en formularios completamente

nuevos, diseñados de acuerdo a muestras que se trajeron de los Estados Unidos. Actualmente todos los hospitales y los sanatorios del país usan esquemas similares. Desde luego que ya desde 1945, el Hospital de Infecciosos los había adoptado. En 1953 (ocho años después) llegaban al Hospital Universitario. Eran archivados por número corrido. Había un índice de nombres y un índice diagnóstico confeccionado de acuerdo a la nomenclatura internacional.

Un buen archivo de Historias Clínicas es fundamental para evaluar la nosología que se está viendo. Ha permitido efectuar numerosos trabajos científicos y tesis de doctorado. Se hacían regularmente reuniones de Alta, donde se discutían los diagnósticos finales que se registrarían en cada caso. Estas reuniones las presidía personalmente a primera hora de la mañana, los miércoles.

Los Residentes tenían que tener las Historias Clínicas de sus nuevos ingresados, completas para la recorrida del día siguiente. Además tenían que tener algunos análisis de urgencia efectuados en los laboratorios de la sala, como ser recuento de glóbulos y Hb. Algún frotis de esputo o de pus. Un L.C.R., o una orina. Tenían que presentar sus enfermos en la recorrida de memoria, cosa que demostraba un conocimiento personal acabado del caso clínico. La Historia la revisaba el Profesor mientras tanto. La pasantía por el consultorio externo era algo más leve y era el período en que podían estudiar más.

A medida que se fueron complicando los procedimientos diagnósticos, y se disponían de más medicamentos, la falta de medios económicos ha hecho que los Residentes empleen mucho tiempo, demasiado diría yo, en conseguir los elementos que sus enfermos necesitan. Como la mayoría son indigentes a base de muestras gratis y de la buena voluntad de los colegas que en sus clínicas privadas pueden hacer radiografías, ecografías, E.E.G., etc. se pueden tratar adecuadamente a estos pobres enfermos sin medios económicos.

Los estudiantes de medicina también eran exigidos a trabajar prácticamente con los enfermos. Tenían que levantar historias clínicas propias de los enfermos que se les asignaban. Los Instructores recibían la presentación y hacían los comentarios y preguntas pertinentes. Se chocaba sin embargo con serias dificultades. En primer lugar no llegaban a las 9 a.m. como estaba programado, pues tenían clases de especialidades, de donde no quedaban libres hasta las 9 y 15 o 30 hs. Los que iban al Infeccioso tenían más atraso. Se suponía que tuviesen dos horas diarias de sala, pero nunca pasaba de una hora y algo. Además la actitud del estudiante era

muy pasiva. Querían que el Instructor les diera una clase. Después de eso iban a otra disertación. Tratar de obtener datos directos del enfermo y analizarlos por su cuenta, es lo que no hacían, salvo raras excepciones. El otro problema con los estudiantes es la obsesión que tienen con los exámenes. Piensan en ellos todo el año. En cambio tendría que ser la adquisición de conocimientos lo más importante. El examen sale solo si se sabe lo suficiente. Este defecto puede depender en parte del Profesorado y del sistema docente imperante en nuestra Facultad. Como una golondrina no hace verano, era difícil que todos los estudiantes cambiaran de actitud, cuando solamente una Cátedra era la que tenía una filosofía distinta.

Conseguimos que la Clínica Médica rotara entre las dos Cátedras en forma tal que los alumnos de quinto año, que estuvieron en la primera en 1954, siguieran con nosotros en 1955 cuando hacían el sexto curso. La inversa para la Segunda Cátedra. Esto implicaba la inscripción obligatoria en cada Cátedra, cosa que como veremos más adelante era de importancia fundamental.

Con el esquema que hemos resumido, la PRIMERA CATEDRA DE CLINICA MEDICA comenzó a trabajar el 1° de diciembre de 1953. Los meses de enero, febrero y marzo fueron de adaptación y ajustes. El 1 de abril, comenzaron las clases. Todo estaba estudiado, hasta en sus más pequeños detalles. Todos teníamos un gran entusiasmo y decisión de trabajar bien, para el bien de la Facultad y de la Medicina paraguaya. No había ninguna clase de sectarismo. Todos los que tenían honradez de propósitos y voluntad de trabajar eran aceptados sin discriminaciones odiosas. Alguna vez en el Paraguay debemos poder convivir en la forma como lo hicimos y creo se sigue haciéndolo en la Primera Cátedra de Clínica Médica. El Paraguay es de todos los paraguayos. Todos tenemos responsabilidades por lo que ocurre. Debemos desterrar para siempre los turbios manipuleos de las Instituciones, para servir a propósitos sectarios. Se debe respetar las opiniones de todo el mundo, siempre que acepten la democracia, o sea la voluntad libremente emitida por la mayoría. Lo único intolerable son los grupitos prepotentes, con deseos y muchas veces con capacidad para imponer su voluntad por turbios procedimientos, muchas veces de intrigas y otras de prebendas.

En 1956 se produjo el 13 de abril con las tremendas secuelas que vamos a relatar sucintamente. Viendo como estaban las cosas en nuestra Facultad y también en forma más amplia en nuestra Universidad, creímos necesario una reestructuración de fondo. No debemos olvidar que la Universidad seguía intervenida, como consecuencia de la Guerra Civil de

1947. Esa intervención era sin embargo, totalmente inefectiva. Tenía un fin casi exclusivamente preventivo y político. Ingresaban todos los alumnos que querían, había muy pocas exigencias de parte de las autoridades y de los profesores. Se permitía exámenes en muchos períodos del año. Los estudiantes no tenían problemas en obtener sus exigencias. El Gobierno, y sus principales hombres, no daban importancia a la universidad. Estaba en la última lista de prioridades. Buscamos el apoyo financiero y político de la Embajada Americana. Convencimos al Embajador de esa época que era muy importante para democratizar a nuestro país, propender a la formación de una clase universitaria capacitada en el más amplio sentido de la palabra. Eso debía hacerse mejorando nuestra universidad. Era difícil que en cortos cursos de post-gradó en los Estados Unidos pudiese obtenerse buenos resultados. De numerosas gestiones en este sentido, tímidamente apoyadas por el Ministerio de Educación, se concretó la venida de la MISION KIMBALL. Lo fuimos a esperar al aeropuerto al Dr. S. Kimball, con quien hablamos mucho. Le explicamos nuestra situación universitaria. El venía específicamente con el propósito de ayudar a la Facultad de Ciencias Médicas. Produjo su informe, donde especifica muy bien que ninguna ayuda vendría con la universidad intervenida. Que era necesario una Nueva Ley Universitaria para que nuestra Universidad estructurara un contrato con una Universidad Norteamericana, y que entre ambas dispondrían de los fondos de ayuda que el Gobierno de la unión contribuiría gratuitamente para el desarrollo del plan. En marzo de 1956 se fue Kimball después de presentar su informe.

Era probable que se implementara un esquema universitario completamente distinto en nuestro país, que eventualmente tendría sus efectos importantes en la formación de la clase dirigente. De este modo y a largo plazo, se conseguiría una convivencia más armónica y sobre todo más democrática que hasta entonces.

Esto no gustó nada a ciertas fuerzas ocultas que permanentemente actúan en las esferas universitarias, instrumentando a los estudiantes. Son muy hábiles y utilizan miles de argumentos, que aparentan ser valederos, para convencerlos de la necesidad de iniciar una lucha por el mejoramiento de la universidad y del pueblo. Resumimos todo esto en un folleto que titulamos UN EPISODIO DE MI VIDA UNIVERSITARIA, que fue ampliamente difundido y cuya edición está ya agotada.

El conflicto suscitado el 13 de abril con la toma de la facultad fue enorme.

Se inició una huelga general de la universidad, que posteriormente se extendió a todos los colegios secundarios. Hacía menos de dos años que estaba en la Presidencia de la República el General Stroessner. Era la esperanza de todo el Partido Colorado para traer la paz y el progreso al Paraguay.

Después de la Guerra Civil de 1947 se habían sucedido varios Gobiernos colorados, sin que se estructurara una vida democrática institucionalizada. Nos seguía rigiendo la constitución totalitaria de 1940 y vivíamos bajo el estado de sitio. Hicimos lo posible de nuestra parte para resolver el conflicto de 1956. El informe Kimball, donde se especificaba que toda colaboración del Gobierno de los Estados Unidos, a través de una Universidad, debía ser hecha, previa una nueva ley universitaria, sirvió de mucho.

Conseguimos convencer, en colaboración valiosa con el Dr. Carlos Mallorquín, a numerosos dirigentes partidarios de que la solución estaba en una nueva ley universitaria que permitiera la convivencia pacífica y armónica de todos los paraguayos que deseaban trabajar en la Universidad. En esa época la Junta de Gobierno del Partido Colorado era escuchada en sus sugerencias, y el Gobierno formó una Comisión Redactora de la nueva ley donde también fuimos incluidos. En la primera sesión de esa comisión, propiciamos una ley diferente que adoptara un esquema similar a las que rigen a las universidades norteamericanas y se alejara de la famosa Reforma de Córdoba. No tuvimos éxito, pero la Ley 356 que rige actualmente a la Universidad ha permitido una convivencia armónica de 32 años, que ha significado realmente un gran avance en la vida universitaria.

No podríamos extendernos en este trabajo sobre la filosofía de la universidad y de la ley que debe regirla. Pero diremos por lo menos que se debe pretender que en la universidad se busque la VERDAD. Se intercambien las ideas, sin que presiones espúreas las desvirtúen. Teóricamente esto es el ideal, pero en la práctica las tendencias políticas que existen en una sociedad se reflejan en la vida universitaria. Tanto más cuanto más restringida está esta actividad extramuros. Es lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo en nuestra universidad. Es muy difícil tener una isla de paz y de gran altura intelectual, en el medio de un mar turbulento.

La Primera Cátedra de Clínica Médica, con sólo dos años de trabajo eficiente y armónico, sufrió el tremendo impacto del conflicto. Por supuesto el que escribe recibió las andanadas más violentas. El grupo de

médicos que trabajaba conmigo se reunió en el Hospital de Infecciosos, y con el liderazgo del Dr. Raúl Bustamante, redactó una nota que facilitó mucho la estabilidad de la Cátedra. Vale la pena leer esa nota, publicada en el folleto mencionado anteriormente para reconocer el espíritu que nos animaba a todos. Se aboga en ella por el respeto a las personas y a su manera de pensar, cuando ésta tenía buenos propósitos y utilizaba métodos limpios y honestos.

El año 1956 se siguió trabajando con un grupo de alumnos que comprendieron la pureza de propósitos que animaba a la Primera Cátedra.

Los opositores al Gobierno consiguieron la formación de una Docencia Libre de Clínica Médica, asentada en la Cátedra de Semiología Médica (llamada por el alumnado TERCERA CATEDRA). Además, también consiguieron que la inscripción de los alumnos fuese optativa entre las tres Cátedras, con la esperanza de dejar sin alumnos a la Primera Cátedra. Esto produjo una serie de maniobras turbias y de concesiones para obtener más inscripción de alumnos. La Primera Cátedra se mantuvo firme en sus requisitos y nunca hizo ninguna campaña demagógica, para conseguir inscribir a los alumnos. Los que venían era porque estaban convencidos que estudiarían y aprenderían mejor. No se les regaló notas ni asistencias, como ocurría en otras partes. Los compañeros se burlaban de los alumnos de la primera Cátedra, por los trabajos que se exigía y las notas de fin de año, que eran justas de acuerdo a nuestro criterio, pero inferiores a las de las otras Cátedras. Para demostrar lo que estamos refiriendo, conviene recordar un solo episodio. Una alumna que no tuvo a fin de año el 70% de presencias en trabajos prácticos y clases, me consultó sobre qué podría hacer. Le dije que solamente repetir el año. El requisito era tener el 80% para dar examen. Si se tenía más del 70%, se lo podía completar en vacaciones, pero si no se llegaba a esa cifra, tenía que repetirse el curso. Esta alumna consiguió dar examen en la Docencia Libre y aprobó, con buena nota, en base a un certificado de que había asistido a un número de trabajos, que por nuestros reglamentos era insuficiente. Este tipo de juego y otros por el estilo, se pusieron en práctica, con tal de disminuir el prestigio que iba ganando la Cátedra.

A pesar de todo se siguió trabajando año tras año, hasta 1971, en que me retiré al cabo de 17 años de Jefatura de la Primera Cátedra de Clínica Médica, y de 5 años de Jefatura de la Cátedra de Patología Médica de cuarto año. Los colaboradores más cercanos, entre los que cabe mencionar al Dr. Luis Reyes, José Grassi, Juan Lacarruba y posteriormente el Dr.

Nicolás Breuer, Luis Torres Salinas, Gualberto Morales, etc. trabajaron con todo entusiasmo y eficiencia, durante todos estos 17 años, los cuales fueron sumamente duros y hasta penosos. Pero la convivencia fue siempre excelente.

El Hospital de Infecciosos, con la valiosísima cooperación del Dr. Raúl Bustamante, también colaboró muy cercanamente en la eficiencia de la Cátedra. Las reuniones Clínicas que se hacían en el H.I.T. eran magníficas y en los últimos años, concurrían todos los médicos y alumnos de la Docencia Libre de Clínica Médica cuando el Dr. Carlos Jesús Velázquez se hizo cargo de la misma. Se presentaban enfermos con importantes problemas diagnósticos que eran discutidos con altura, por todos los presentes. Tuvimos el gusto de contar entre los presentes a valores, como el Dr. Ibieta, que había migrado de la Cátedra, con motivo del conflicto de 1956.

Más de un colega médico y profesor me ha dicho cómo pude retirarme tan pronto. Las causas fueron múltiples y conviene que las aclare por escrito actualmente. Después de haber iniciado un esquema de trabajo tan bien estructurado y eficiente, teníamos muchas dificultades para mantenernos en ese nivel. Muchos de los más eficientes y asiduos colaboradores estaban buscando otros caminos que les permitieran llenar sus naturales y sanas ambiciones de ser Jefes de Cátedras. Por ejemplo el Dr. Adolfo Cattoni, se había alejado para hacerse cargo de la Cátedra de Semiología Médica, dejada vacante por el fallecimiento del Dr. Gustavo González. Reglamentariamente le correspondía. Se llevó algunos médicos que colaboraron conmigo, como el Dr. Laterza. El Dr. Grassi estaba más interesado en el Hospital de Infecciosos y en la Cátedra de Patología Médica del 3er. curso. El Dr. Reyes en la Docencia Libre de Semiología Médica etc., etc. Los Ex-Residentes que tenían que actuar de instructores, como el Dr. Rojas Haiter, el Dr. Sánchez Gufanti, etc. se fueron a los Estados Unidos. Fue la época en que el gran país del Norte importó a granel los mejores médicos de todo el mundo. El Paraguay pagó caro su cuota de excelentes cerebros que fueron a trabajar en un ambiente que les permitía más satisfacciones científicas y económicas. Resultado es que teníamos que enfrentar la tarea con menos y menos colaboradores. No quedaba otro camino que trabajar a full, tratando de no bajar los standards. No conseguíamos instructores para los trabajos de Laboratorio que debieron ser suspendidos. Es un ejemplo.

En esas circunstancias, un día el Dr. Cubas, Director del Instituto de Previsión Social que acababa de terminar el Hospital Central perfec-

tamente equipado, me ofrece la jefatura de la Clínica Médica. Me dice que habrían sólo dos Jefaturas, una de Medicina y otra de Cirugía. Todas las especialidades irían dentro de una de estas dos. Le dije que si me aceptaba llevar la primera Cátedra de Clínica Médica con todos mis colaboradores al nuevo Hospital, yo aceptaba y el Dr. Cubas estuvo de acuerdo.

Mi entusiasmo fue muy grande al pensar en la posibilidad de disponer de todos los medios necesarios para hacer funcionar eficientemente un moderno servicio de Clínica Médica. Se podría retener a la mayoría de los excelentes colaboradores que trabajaba en la Primera Cátedra y obtener muchos más. Se dispondría de aparatos de rayos x, electrocardiografía, de numerosos análisis de laboratorio, de endoscopias, etc. Además los enfermos estarían en salas limpias, con buenas camas y sábanas. Habría suficientes medicamentos. Los beneficios serían múltiples para los enfermos, para la docencia y para la investigación de nuestra nosología. Pasaríamos de la miseria a la riqueza. Esta sería bien empleada. Terminarían los angustiosos días en que en el medio de la recorrida, el Residente nos informaba que no se había hecho la radiografía, porque el enfermo no tenía medios con que pagar la placa en algún consultorio. El Hospital de Clínicas (Hospital Universitario) no tenía sus equipos de rayos X en funcionamiento hacía años. Estuvieron sin funcionar 10 años. Solamente con donaciones de la Siemens y del Japón se obtuvieron equipos nuevos. no se podía hacer una curación a ciertas úlceras, diabéticas por ejemplo, por falta de gasa o tira emplástica. Frente a todos los alumnos y médicos jóvenes se mostraba la más miserable de las caras de nuestro país. Es tremendo el descuido en que se debate, aún hoy, la Facultad de Ciencias Médicas y el Hospital de Clínicas. Los alumnos ven y aprenden a hacer mal las cosas. Son frecuente las infecciones post-operatorias y las contaminaciones de líquidos pleurales o ascíticos por la mala técnica imperante. Eso ven y aprenden los alumnos.

Consideramos que estos hechos, que no son nuevos en la Facultad, son una vergüenza nacional, una afrenta al pueblo y a la juventud estudiantil. A los estudiantes debe enseñárseles prácticamente las mejores técnicas, las correctas, las únicas valederas. En cambio se forman en ese ambiente de pobreza material, donde ya nada es muy importante, ni la vida de los enfermos. Si se dispone del medicamento, bien, y si no también. El Gobierno había resuelto muchos problemas prioritarios. Ya no se veían más soldados descalzos haciendo guardias en los Cuarteles o en el Hospital Militar. Tampoco policías andrajosos o descalzos en las calles.

Se desponía de agua corriente y buena corriente eléctrica. Pero la Facultad de Ciencias Médicas y su Hospital seguían igual. No había programa para ellos.

Nuestra esperanza fue muy grande, de poder continuar nuestro programa de una buena Educación Médica ya iniciada con bastante éxito en 1953. Era indispensable contar con el ambiente y los medios para hacerla. Únicamente así tendría el carácter de disciplina estricta que la salud de nuestro pueblo se merece.

Después de más de un mes de no salir el nombramiento en el I.P.S., el Sr. Ferruccio Massi, Administrador General, me llama y dice que es necesario que lo vea al Sr. Presidente de la República para que se resuelva la situación. Nunca pedimos nada para fines personales, pero tratándose de la Cátedra, de los alumnos y de los enfermos, nos animamos a solicitar audiencia. En esa entrevista el General Stroessner, sin muchos rodeos me exigió ser incondicional de su Gobierno. No puedo ser incondicional de nadie le dije, sólo de mi conciencia. La incondicionalidad riñe totalmente con la dignidad de un profesor universitario, ofrecí trabajar con dedicación, con honradez, poniendo toda mi capacidad para el bien del país, pero no era suficiente.

Conversamos sobre otros aspectos de la vida nacional. Me dijo, qué tiene de malo mi Gobierno para que usted no pueda colaborar incondicionalmente conmigo. Le contesté que había mucho peculado, que se robaba mucho y que yo no podía estar comprometido en ninguna forma con eso. Luego me dijo, «a mí me llaman ogro, porque tengo algunos bandidos presos en las comisarías. Yo nunca maté a nadie. Los presos son bandidos». Le contesté, por qué toma esa responsabilidad. Por qué no pasan a la justicia a ser juzgados, con derecho a su defensa y si son culpables, van a la cárcel y no en las comisarías, bajo su responsabilidad. Me contestó que por cualquier cincuenta mil guaraníes los abogados consiguen liberar a esos bandidos. Le dije que entonces, tendría que mejorar la Administración de justicia, en todos sus aspectos, para que eso no ocurriera. Allí ya se levantó muy molesto y terminó la audiencia.

Reconocíamos en ese entonces, 1971, que el Gobierno había hecho muchas obras de progreso y que el país estaba en paz. Pero se trataba de una paz impuesta por la fuerza, no consentida. Una paz de los sepulcros. Estábamos muy lejos de una paz de los espíritus, de una paz consentida, basada en la justicia, la libertad, donde primara la honradez, la capacidad y los buenos propósitos.

En nuestro escrito original, los detalles de la conversación con el Presidente Stroessner, desde el párrafo que comienza con «conversamos sobre otros aspectos...» no fueron especificados, especialmente para obtener su publicación en Anales de la Facultad de Ciencias Médicas. Aun así, esta Historia de la Primera Cátedra de Clínica Médica fue censurada, primero por el Profesor Cattoni siendo Decano y posteriormente por el Dr. Reyes. Ambos, con la anuencia del Dr. Vanuno, Director de Anales se negaron a publicar este escrito, a pesar de que llevaba mi firma y yo era por lo tanto responsable de lo que se decía.

Al día siguiente de la entrevista con el Sr. Presidente, salió el nombramiento del Dr. Luis Richer como Jefe de la Clínica Médica del nuevo Hospital del Instituto de Previsión Social.

Vimos, por lo tanto, frustrada todas las esperanzas que hemos relatado. Tendríamos que proseguir en el ambiente de pobreza, de frustraciones, de tensiones extramédicas que primaba en la Facultad. Teníamos la clara sensación de que en vez de ir para adelante, iríamos para atrás desdibujándose todo el eficiente programa que habíamos realizado el 17 años de labor. Decidimos renunciar, ya que «las personas pasan y las instituciones quedan». La Primera Cátedra de Clínica Médica tenía más posibilidades de mantenerse en un nivel adecuado, con la Jefatura del Profesor Adolfo Cattoni. Tuvimos una larga conversación con él mismo, quien al comienzo no podía entender mi actitud. Posteriormente me ha dado la razón en forma amplia. El Profesor Cattoni dejaría la Jefatura de la Semiología Médica para trasladarse a la Primera Cátedra. Reglamentariamente tenía todo el derecho de hacerlo. Le ofrecí mi colaboración más amplia a pesar de mi renuncia. Seguiría dando una serie de clases, concurrendo a las conferencias Clínicas y Clínico-Patológicas y ayudando en todo lo posible al buen funcionamiento de la Cátedra. Así lo convinimos. Hubo cierto celo de parte del Profesor Cattoni sobre mi probable actuación, que se reflejó evidentemente en mi exclusión de las mesas examinadoras a su pedido, según informe del Decano Prof. Roberto F. Olmedo. No hicimos caso de las pequeñeces y seguimos concurrendo y colaborando con la Cátedra. El Prof. Cattoni ha tenido éxito en el desempeño de sus delicadas funciones. Todos los colaboradores pusieron especial empeño después de mi retiro, pues veían una puerta abierta a su promoción. Desde luego que es necesario y conveniente dejar a las generaciones más jóvenes asumir las responsabilidades a las que tienen derecho por su capacidad y méritos. El esquema de trabajo en la primera Cátedra se ha mantenido igual. El Prof. Cattoni consiguió fondos

para ampliaciones edilicias. Tuvo evidentemente más facilidades que el suscrito. El Ministerio de Hacienda creó varios cargos de personas que cedían sus sueldos para la edificación. Además como Director de la Fundación La Piedad, obtuvo fondos importantes para el efecto. Actualmente hay muchos más Profesores e Instructores capacitados. La migración médica a los Estados Unidos está totalmente detenida, ya que ese gran país llenó sus necesidades. La situación argentina también ha evitado la migración hacia nuestro gran vecino. Los médicos no tienen más remedio que quedarse en el país, para gran beneficio del Paraguay. La formación de numerosos especialistas en el extranjero ha permitido la organización de departamentos eficientes de nefrología, de gastroenterología, de cardiología, etc. Actualmente las clases de Clínica Médica, son distribuidas entre numerosos profesores. Hace seis años que, como Director de la Educación Médica Continuada en Medicina Interna, nuestro afán docente ha tomado ese rumbo. Seguimos concurriendo a la Cátedra para las conferencias de los martes y jueves. También a algunas recorridas de Sala. Los médicos y alumnos nos reciben con gran amabilidad y diríamos con cariño.

Las principales Tesis que se hicieron en base a los archivos de la primera Cátedra son: Diabetes por el Dr. Nicolás Breuer; Cardiopatía Reumática por el Dr. Arbo Sa, Miotonia Atrófica de Steiner, por el Dr. José Grassi, Trombosis Venosas de los Senos Durales en grandes Anémicos, por el Dr. Luis Reyes, Miastenia Gravis, por el Dr. Gualberto Morales. Más recientemente Síndrome de Shecham, por el Dr. Luis Torres Salinas. La Ecografía en el diagnóstico de las Endocarditis Bacterianas, por el Dr. Adolfo Cattoni (h), etc. etc. Pedimos disculpas si por motivos involuntarios nos olvidamos de alguien.

Son numerosos los residentes, y aun instructores, que hicieron su entrenamiento en la Primera Cátedra y que luego han ido a trabajar a los Estados Unidos o a la Argentina, habiendo obtenido pleno éxito en sus emprendimientos. Todos recuerdan con cariño su pasantía por la Primera Cátedra y reconocen que los conocimientos adquiridos en la misma fueron las sólidas bases de su éxito. Sería interminable citarlos a todos. Pero si leen estas líneas, quisiera que sepan que siempre tenemos un grato recuerdo de todos los que pusieron su empeño en aprender y al mismo tiempo hicieron posible el adecuado funcionamiento de la Institución.

Lista de Médicos Residentes de la Primera Cátedra de Clínica Médica

(desde el año 1954 hasta el año 1985)

Año 1954

(Res. N° 1024 de fecha 29/IV/54)

Hugo de Jesús Araújo
Omar D. Sosa T.
Edelmira Peña B.
Manuel María Cotas
Celia B. Fariña
Euclides Gulino
Sergio Jara
Fidel V. Moreno G.

Año 1955

(Res. N° 1208 de fecha 28/III/55)

Fernando Alfonso Lisboa
Elba Emilia Escalada Gómez
Rodrigo Díaz Pérez
Dalia D. Fernández Arévalos
Julio Arnaldo Fretes B.
Félix Ibieta Zacarías
Oscar Genaro Lovera C.
Lilia Ortega Valdez

Año 1956

(Res. N° 1506 de fecha 9/II/56)

Carlos A. Arbo
Juan J. Bestard
Alberto Echeverría M.
Eumelio Miguel Fariña F.
César Leoz Almirón
Héctor A. B. Ratti J.
Luis Alberto Torres
Pio O. Walder Delvalle

Año 1957

Guillermo Gómez M.
Alberto Echeverría
Julio Mendoza
Bruno Segovia N.
Rubén Vera G.
Luis A. Torres
Zulma Romero
José M. Galiano

Año 1958

(Res. N° 1506 de fecha 9/II/58)

Bruno Segovia
Julio Mendoza
Elena Benítez Aguirre
Del Pilar González Z.
Edith Meilinger M.
Ruben Mussi Resk
Antonio J. Rodríguez R.
Carlos Thomas

Año 1959

(Res. N° 2588 de fecha 17/III/59)

Ruben Matiauda
Juan R. Varela
María Ruiz Díaz
Atilio Baez Giangreco
Arnaldo Centurión
Ernesto Caffarena

Año 1960

(Res. N° 2700 de fecha 23/II/60)

Eduardo Torres Luqui
 Crescencio B. Fabio
 Manuel Ramón Elizeche
 Segundo Ibarra
 Carlos A. Duarte Rodi
 Hugo Falcón Gaona

Año 1961

(Res. N° 2869 de fecha 15/II/61)

Eusebio Cadogan
 Francisco Agustón Pergara
 P. J. Delfor Boggino
 David Rosenfeld
 Zulmira Núñez
 Rosa Inés Prieto

Año 1962

(Res. N° 36 de fecha 6/II/62)

Milciades Adriano Ortíz Granada
 Atilio Manuel Colmán Quintana
 Raúl Jorge Breuer
 Ramón Antonio Ojeda
 Plinio Cecilio Duarte O.
 Julio César Bordón Lambiase

Año 1963

(Res. N° 119 de fecha 14/II/63)

Juan Carlos Quintana M.
 Marcela Céspedes
 José Luis Delgadillo
 Olimpia Lezcano
 Juan B. Elizeche
 César Antonio Gorostiaga

Ad-Honorem

Anselmo Varela C.
 Domingo Segovia
 Julio César Bordón L.
 Gregorio Paciello

Año 1964

(Res. N° 181 de fecha 4/II/64)

Anselmo Varela G.
 Roberto Driskovich
 Domingo Segovia
 Julio César Airaldi
 Marcela Céspedes
 Olimpia Lezcano

Año 1965

(Res. N° 267 de fecha 25/II/65)

Julio César Airaldi
 Domingo Segovia
 Calixto Argüello
 Aurelio González
 Quintiliano Melgarejo
 Roger Rolón

Año 1966

(Res. N° 310 de fecha 18/II/66)

Calixto Argüello
 Enrique A. Coucarlle
 Carlos R. Kunzle Durañona
 Fausto C. A. Muñoz B.
 Roberto R. Acosta
 Gabriel Gómez Sánchez

Año 1967

(Res. N° 9 de fecha 24/II/67)

Alfredo Leiser
Higinio E. Morínigo
Julián M. A. Etchegaray
Juan C. Vera Benítez

Año 1968

Carlos Alberto Brusquetti
Rafael Sánchez Guffanti
Benjamín R. Villalba
Juan Carlos Rojas Haiter
Huber Pérez Colmán
Alejandrino Zárate Orué

Año 1969

(Res. 1022 de fecha 11/II/69)

Carlos Alberto Brisquetti
Rafael Guffanti
Benjamín R. Villalba
Juan Carlos Rojas Haiter
Huber Pérez Colmán
Alejandrino Zárate Orué

Ad-Honorem

Salvador Addario Bentron
Osvaldo Sánchez Bejarano
Gerardo Marino Gill Krayacich

Año 1970

Rafael Sánchez
Néstor R. Arrúa
Luis Osterberger G.

Virgilio Caballero
Adolfo Morínigo Silva
Alejandrino Zárate
René Almirón

Ad-Honorem

Victor Salinas
Margarita Lidia Ubaldi

Año 1971

(Acta N° 1085 de fecha 25/II/71)

Martín Cuevas
Roberto Kriskovich
Osvaldo Sánchez Bejarano
René J. V. Almirón Ferreira
Luis Ernesto Osterberger G.
Néstor Arrúa
Juan Adolfo Cattoni
Margarita L. Ubaldi
Jorge Gagliardi
Alberto Fridman
Víctor M. Salinas Vidal

Año 1972

(Acta N° 1119 de fecha 21/III/72)

Luís Ernesto Osterberger G.
Juan Adolfo Cattoni
José Filippini
Víctor Salinas
Federico Estanislao Faría
Remberto Zárate Ramírez
César Espósito
Juan José Aguirre
Víctor Manuel Britez

Año 1973

(Acta N° 1150 de fecha 13/III/73)

Victor M. Salinas Vidal
 Luis Ernesto Osterberger
 Victor Daniel Santacruz
 Felipe Recalde
 Jorge Eduardo Carrón
 Rafael Moreschi Godoy
 Jorge Herminio Massare Isasi
 Francisco Duarte
 Carlos F. Montalbetti R.

Año 1974

(Acta N° 1185 de fecha 12/II/74)

Rafael M. Moreschi Godoy
 Emilio Javier González Bustamante
 Ramón Mendoza
 Francisco V. Santacruz Segovia
 Angel Catalino Benítez Aranda
 Alberto Espinoza Ferroni
 Juan Angel Estigarribia
 Jorge Martínez G.
 Ramón Duarte Afara

Año 1975

(Acta N° 1218 de fecha 18/III/75)

Francisco Santacruz Segovia
 César Chirico
 Miguel Angel Kessel
 Victor Espínola
 Zara Rivarola
 Gloria Meza Rojas
 Ramón Duarte Afara
 Juan Pablo Ferreira
 César Quiñónez Zarza
 Angel Benítez Aranda

Año 1976

(Acta N° 1246 de fecha 16/III/76)

Gloria Meza Rojas
 María Stella Cicorio García
 Angela Espínola Linares
 Gladys Mujica de Valenzuela
 Juan José Balbuena Cartes
 Juan Carlos Pirelli
 Angel Benítez Aranda
 Miguel Angel Kessfl
 Ramón Mendoza

Año 1977

(Acta N° 1281 de fecha 26/III/77)

María Stella Cicorio García
 Juan Carlos Pirelli
 Ernesto Naville Hugo
 Francisco L. Benza Pecci
 José Dolores Corti
 Feliz R. Ayala G.
 Félix R. Motta Labiste
 Luis R. Bogarín Reyes
 Miguel Angel Kessel

Año 1978

(Acta N° 1314 de fecha 14/III/78)

Luis R. Bogarín Reyes
 Félix Motta Labiste
 Félix Ayala
 José Dolores Corti
 Ernesto Naville Hugo
 Dora Elena Acosta
 Lidia Garcete de Agüero
 Guillermo Agüero Gutiérrez
 César Eduardo Franco Gómez

Año 1979

(Acta N° 1349 de fecha 12/III/79)

María Victoria Alvarenga
Ida Esquivel
Alberto Olmedo Sisul
Alberto Manuel Rios Belmar
Luis M. Bogarín Reyes
Elvio A. Torres A.
Fernando Hamuy
Nestor Arrúa
Oscar Amalio Benítez Bolaños

Año 1980

(Acta N° 1392 de fecha 17/III/80)

Carmen Sckell de Duarte
Koichi Akagi
María Teresa Romero
Rothaut Koop de Klassen
María Graciela Gamarra
Arnaldo Benjamín Aldama C.
Carlos Esteban Arbo Sosa
Elvio Torres Antunes
Adolfo Humberto Galeano J.

Ad-Honorem

José María Breuer
Carlos Mena
María de Jesús Infante Miltos

Año 1981

(Acta N° 1429 de fecha 9/III/81)

Oscar Benítez
Marcos Aguayo

César Baruja
Estela Mongelós
Sara Dolly Florentín
María de Jesús Infante Miltos
Alfredo Boccia
Miguel Irrazábal
Martín Moreno

Año 1982

(Acta N° 1463 de fecha 8/III/82)

Martín María Moreno
Enrique García Colmán
Hugo Fernando Elías
Narciso Roa
Estela Mongelós
Sara Florentín
Carmen Recalde Ramírez
Regina Susana Barreto
Berta Sofía Ojeda

Ad-Honorem

Viviana G. de Cano

Año 1983

(Acta N° 1488 de fecha 7/III/83)

Regina Susana Barreto R.
Carmen María Recalde Ramírez
Enrique García Colmán
Luis A. Reyes Yoffe
Angélica Giménez Caballero
Adriana L. Zacur Sharpin
Jorge E. Solano López Recalde
Manuel de Jesús Arbo S.
Elida Graciela Gómez Santos

Año 1984

(Acta N° 1515 de fecha 12/III/84)

- Jorge E. Solano López Recalde)
- Carlos Iribas Vierci
- María del Rocío Cattoni Carles
- Lourdes Bolla de Lezcano
- María Lourdes Zelada de Migliorisi
- Juan Antonio Torres Antunez
- Hugo Fernando Bianco
- Zulma Nelly Troche
- Gerardo Hasin Paciello

Año 1985

(Acta N° 1548 de fecha 13/III/85)

- Juan Antonio Torres Antunez
- Carlos Iribas
- Marta Graciela Ayala Piola
- Raúl Emilio Real Delor
- Omar Antonio Centurión Alcaraz
- Manuel Alfredo Ratti Sisa
- Carlos Adalberto González Argüello
- Esperanza Martínez de Portillo

Año 1986

(Acta N° 1592 de fecha 17/III/86)

- Hugo Fernando Elías
- Narciso Bar...
- Enrique García Colmán
- María del Rocío Cattoni Carles
- Lourdes Bolla de Lezcano
- María Lourdes Zelada de Migliorisi
- Juan Antonio Torres Antunez
- Hugo Fernando Bianco
- Zulma Nelly Troche
- Gerardo Hasin Paciello

Año 1987

(Acta N° 1625 de fecha 17/III/87)

- Adolfo Humberto Galeano
- Elise Torres Antunez
- Carlos Esteban Abo rosa
- Amado Bergamín Albano
- Marta Graciela Ayala Piola
- Rodolfo Koop de Rivas
- Marta Teresa Román
- Reichi Akagi
- Germen Sekell de D...

Año 1988

(Acta N° 1488 de fecha 7/III/88)

- Regina Susana Barreto
- Carmen María Recalde
- Enrique García Colmán
- Luis A. Reyes Yoffe
- Angélica Giménez
- Adriana L. Z...
- Jorge E. Solano López Recalde
- Manuel de J...
- Elida Graciela G...

Año 1989

(Acta N° 1499 de fecha 9/III/89)

- Ad-Honorem
- José María B...
- Carlos Méndez
- Marta de Jesús Intante
- Ad-Honorem
- Oscar Berley
- Marcos Aguirre